

## RESEÑAS

Santiago PORTILLA: *Una sociedad en armas. Insurrección anti-rreeleccionista en México, 1910-1911*. México: El Colegio de México, 1995, 656 pp. ISBN 968-12-0581-2

El significado de la campaña militar de 1910-1911 que terminó con el derrocamiento del presidente Porfirio Díaz ha constituido un tema de debate entre los historiadores durante mucho tiempo. Según la interpretación de algunos especialistas, la renuncia de Díaz se debió, fundamentalmente, a razones políticas. No sólo temía una intervención militar por parte del ejército estadounidense, sino que también le preocupaban las consecuencias económicas y sociales de una prolongada guerra civil en México. Este grupo de historiadores también asevera que la única acción de armas que tuvo cierta repercusión en el ámbito político fue la toma de Ciudad Juárez por los insurrectos, del 8-10 de mayo de 1911.

Santiago Portilla intenta mostrar en su obra que la revuelta que se había iniciado en noviembre de 1911 creció a tal grado que, después de un periodo de unos seis meses, el ejército federal se mostró incapaz de contenerla. El estudio se destaca por ser un análisis altamente profundo, que está basado en una gran variedad de fuentes, sobre todo primarias. Una fuente que hubiera sido de considerable utilidad, en especial, respecto a la investigación de la lucha desde el punto de vista militar, es la del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Por desgracia, empero, durante el periodo en el cual se llevó a cabo

el trabajo de investigación, al autor no le fue permitida la consulta de esta fuente.

Aproximadamente la mitad del libro está dedicada al análisis de los acontecimientos del periodo en cuestión, mientras que la otra mitad trata del trasfondo político-social en torno al tema, en particular, el surgimiento del movimiento antirreeleccionista durante los últimos años del porfiriato. Con el objeto de presentar su tesis al lector de la manera más clara y sucinta posible, el autor optó por hacer un uso extensivo de la cartografía para ilustrar las operaciones militares y acciones de armas en las diferentes regiones de la República.

Al analizar las razones detrás del triunfo militar maderista, Portilla destaca el papel significativo que ejerció Estados Unidos como fuente para la obtención de armamento por parte de los rebeldes y como base para la planeación y organización de sus operaciones en México. El autor muestra que la insurrección antirreeleccionista en el norte de la República constituyó una lucha, por parte de los sublevados, para comprar y exportar armas y parque a sus combatientes en territorio mexicano y, en el caso de los federales, para asegurar sus propias fuentes de abasto bélico y reducir el flujo de armamento a aquéllos. Los líderes y agentes insurrectos en territorio estadounidense también reclutaban a hombres para pelear en México, actividad que estuvo limitada por las prohibiciones impuestas por las leyes de neutralidad estadounidenses. Fue una lucha que los antirreeleccionistas ganaron finalmente a raíz de su habilidad organizativa y recursos financieros, el establecimiento de una excelente red de operaciones de inteligencia en Texas y los estados del suroeste, así como el hecho de que la población de estas regiones simpatizaba con la causa rebelde.

En su análisis de la lucha desde la perspectiva del ejército federal, Portilla señala que, aun con el apoyo de los cuerpos de policía rural y de algunas guardias nacionales de jurisdicción estatal, las fuerzas del gobierno contaban con menos de 30 000 hombres, un número muy pequeño para hacer frente a una conflagración general. El deterioro progresivo de la situación militar en los primeros meses de 1911 motivó al gobierno a fortalecer al ejército con la adhesión de los llamados cuerpos de "voluntarios" civiles, que generalmente estuvieron financiados por las clases acomodadas de las áreas urbanas y rurales. En general, sin embargo, como Portilla indica, el gobierno continuó dependiendo de la tropa regular y los cuerpos de rurales para detener la creciente ola de rebelión en el país.

Referente a la táctica utilizada para combatir a los rebeldes, el autor indica que, aunque el ejército porfiriano mostró considerable habilidad para llevar a cabo operaciones de carácter defensivo, le faltó la iniciativa para emprender operaciones ofensivas. Estos dos factores —las carencias en términos de hombres disponibles y de iniciativa entre los integrantes del alto mando—, asevera Portilla, ayudan a explicar la inhabilidad del ejército para acabar con los grupos de sublevados.

Para mediados de mayo de 1911, el autor indica, que la situación militar en el país se había inclinado definitivamente en favor de la causa rebelde. La guerra de guerrillas, que hasta aquel momento había caracterizado la lucha llevada a cabo por los grupos insurrectos, había dado lugar a una de posiciones. La incorporación constante de reclutas y armas a la columna de hombres dirigida personalmente por Madero la había convertido en un ejército en todos los sentidos de la palabra. Aunque el denominado Ejército Libertador era pequeño y carecía de la disciplina, ya contaba con algunas piezas de campaña —capturadas a los federales como parte del botín al caer en sus manos Ciudad Juárez— material rodante ferroviario, e incluso un cuerpo médico rudimentario.

La concentración de las fuerzas gubernamentales en Chihuahua durante los meses anteriores a la captura de Ciudad Juárez por los maderistas proporcionó una oportunidad para que los grupos insurrectos en otras regiones del país incrementaran sus actividades. Como resultado, éstos pudieron conquistar con relativa facilidad varios puertos, capitales estatales y otros pueblos importantes de la República. La Revolución se propagó incluso a aquellos estados, como Guanajuato, Oaxaca y Chiapas, que hasta aquel momento habían experimentado poca actividad revolucionaria. Para el 21 de mayo, la fecha en que se firmó el acuerdo de paz entre el gobierno de Díaz y los revolucionarios, las fuerzas federales controlaban únicamente las capitales estatales de Hermosillo, Saltillo, Chihuahua, Culiacán, Durango y Cuernavaca. Todas estas poblaciones, empero, se encontraban sitiadas por los rebeldes, quienes habían cortado el suministro de agua a sus habitantes o estaban en proceso de hacerlo.

Entre tanto, los contingentes más grandes del ejército federal se encontraban guardados en la ciudad de México como reserva. Para entonces, como indica Portilla, el ejército había perdido todo apoyo por parte de la sociedad civil mexicana. Incluso, amplios segmentos de la clase dirigente y acaudalada, que tradi-

cionalmente habían fungido como el sostén principal del ejército, terminaron por rechazarlo. Esto se hizo evidente el 24 de mayo con el estallido de manifestaciones y disturbios en protesta por la tardanza en la presentación de la renuncia del presidente frente al Congreso.

Con referencia particular a la batalla de Ciudad Juárez, Portilla afirma que ciertas acciones de armas en otras regiones de México, algunas de las cuales llegaron incluso a superar a aquélla en términos del número de combatientes involucrados, tuvieron un papel igualmente importante en acelerar el colapso del régimen porfiriano. Tal aseveración no toma en cuenta algunas de las consecuencias de este combate que alteraron el panorama militar en México a partir de aquel momento. El resultado más significativo de la toma del pueblo fronterizo consistió en la influencia que ejerció respecto a la opinión estadounidense en torno a la revuelta en México. Pocos días después de la caída del pueblo, el presidente Taft decidió reconocer a los maderistas que custodiaban la puerta de entrada internacional y, más importante aún, mantener abierta la aduana estadounidense, que permitió que los rebeldes recibieran mercancía en general, incluyendo armas, municiones, alimentos y otros bienes. El control de la aduana del lado mexicano de la frontera, proporcionó a los antirreeleccionistas el derecho de cobrar impuestos de importación, que les dio un ingreso adicional con lo cual podrían financiar sus operaciones militares. También podían pedir préstamos a los bancos de Ciudad Juárez, incluso bajo presión, si fuese necesario. Los de Estados Unidos también estuvieron más dispuestos a prestar dinero a la junta revolucionaria, en vista de la probabilidad de que ésta pronto establecería un gobierno legalmente constituido.

También como consecuencia del combate, las tropas federales fueron retiradas de los pueblos y comunidades de la región fronteriza nortea en general, con motivo de proteger las capitales estatales y grandes poblaciones del interior de la República. Esta decisión resultó en la conquista u ocupación de estos pueblos de la región fronteriza, mientras que el gobierno de Taft decidió mantener abiertas sus aduanas del lado estadounidense de la frontera.

Por último, la captura de Ciudad Juárez dio un impulso considerable al fervor revolucionario en México, que fue factor importante en el gran desarrollo que la rebelión tuvo durante el periodo de dos semanas entre la conquista del pueblo fronterizo y la firma de los tratados de paz.

Asimismo, la inclinación por parte del autor de mostrar, a lo largo de la obra, el "carácter civilizado" de la revuelta maderista, deja al lector con una visión parcial de la lucha en este sentido. Si bien es cierto, como señala Portilla, que las fuerzas maderistas, después de la toma de ciudades y pueblos en Chihuahua y otros estados de la República, establecieron autoridades civiles antes de proceder con la campaña militar, por otro lado, a lo largo de la insurrección antirreeleccionista, hubo numerosos actos de robo y atrocidades cometidos tanto por parte de las fuerzas rebeldes como por parte de las del gobierno.

La matanza de prisioneros por los grupos beligerantes comenzó casi inmediatamente después del inicio de hostilidades y algunos meses antes de la publicación formal, el 16 de marzo de 1911, por parte del gobierno porfirista, de la suspensión de las garantías constitucionales en México. Al tomar el pueblo de Cerro Prieto, el 11 de diciembre de 1911, el general federal Juan Navarro ordenó el fusilamiento de 19 prisioneros maderistas, entre ellos algunos vecinos pacíficos de la comarca. Al lograr un triunfo aplastante sobre una columna federal en el cañón de Malpaso, el 18 de diciembre, el jefe insurrecto Pascual Orozco ordenó la ejecución de los funcionarios federales de Ciudad Guerrero. Algunos días después, Abraham Oros Oros, uno de los más crueles y sanguinarios jefes insurrectos de la región, quien había sido nombrado jefe político del distrito por Orozco, mandó ejecutar a Urbano Zea, el exjefe político federal.

Pocos días después de la caída de Ciudad Juárez, el 13 de mayo, Orozco y Villa, acompañados por un núcleo de sus seguidores, irrumpieron en el cuartel general de Madero para exigir el fusilamiento del general Navarro por las ejecuciones de Cerro Prieto. El presidente provisional rehusó sujetarse a las demandas de los jefes insubordinados y, después de un breve altercado, los convenció de que se habían excedido en su autoridad. Hubo incidentes relacionados con la matanza de prisioneros en otros estados y regiones de la República. Después de la toma del pueblo de Sahuaripa, Sonora, el 29 de enero de 1911 por las fuerzas federales, los once defensores sobrevivientes, incluyendo a los dos hijos de Severiano Talamantes, fueron pasados por las armas.

Los casos de saqueo por parte de las fuerzas contendientes también eran numerosos. A pesar de los intentos, por parte de los oficiales insurrectos, de mantener cierto control sobre sus hombres, hubo saqueos en grande de las tiendas y otros establecimientos comerciales de los pueblos de Agua Prieta (13 de

abril), Tijuana (9 de mayo) y Ciudad Juárez (13 de mayo) después de su captura por los rebeldes. Aunque el saqueo no constituyó una práctica oficialmente sancionada por parte de los dirigentes de los grupos insurrectos —con la posible excepción de los del Partido Liberal Mexicano, que mantuvo la posición de que la confiscación de dinero, bienes y propiedades de los ricos era justificada debido a que éstos los habían robado a los pobres en primer lugar—, era, para varios de los combatientes, un estímulo importante que les motivó a unirse a la lucha, así como una forma de recompensa por haber arriesgado la vida en el combate.

En breve, el libro de Portilla constituye el estudio más extenso y detallado sobre la insurrección maderista que se ha realizado hasta la fecha. Sin duda, llegará a ocupar un lugar entre un puñado de obras sobre la lucha armada de 1910-1920, como *The Mexican Revolution*, de Alan Knight, *The Secret War in Mexico*, de Friedrich Katz, y *Revolutionary Mexico*, de John M. Hart, que han llegado a convertirse en lecturas fundamentales para aquellos investigadores deseosos de explorar una de las épocas más complejas y fascinantes en la historia de la formación de México como país.

Laurence Douglas TAYLOR HANSEN

*El Colegio de la Frontera Norte*

Alicia del Carmen CONTRERAS SÁNCHEZ: *Capital comercial y colorantes en la Nueva España. Segunda mitad del siglo XVIII.*

Zamora: El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Yucatán, 1996, catorce fotografías, nueve mapas y un apéndice, ISBN 968-6959-34-3.

Cuando las instituciones plantean a sus autores la utilidad de presentar un libro, fruto del trabajo de investigación, lo hacen pensando en la necesidad de difundir no sólo el esfuerzo personal de sus investigadores, sino el impulso y apoyo que despliegan para hacer social, en el sentido más amplio de la palabra, los resultados de sus programas de investigación. Aquí se juntan dos aspectos que, por lo general, pasan inadvertidos en la reseña de un libro: por una parte, la formación y calificación de sus recursos docentes, y por otra, el planteamiento de líneas de investigación, de creación de un conocimiento original que son la clave para el fortalecimiento de nuestros centros de educación superior. Pero esto dicho así parece fácil, a veces, demasiado. No lo es porque la coincidencia de líneas